

rica, le falta mucho para igualar las excelentísimas *Instiluciones* de Quintiliano. Así que, Ciceron fué orador insigne sólo para sí, Quintiliano para sí y para todos. La elocuencia de Ciceron fué grande, pero infecunda, que se quedó dentro de un individuo; la de Quintiliano, sobre grande, es utilísima á la especie, en tanto grado, que el citado Laurencio Vala pronuncia, que no hubo despues de Quintiliano, ni habrá jamás, hombre alguno elocuente, si no se formáre enteramente por los preceptos de Quintiliano.

No fué Quintiliano el único grande orador que dió España á Roma. Marco Anneo Séneca, padre de Séneca, el preceptor de Neron, logra en la fama oratoria lugar inmediato á Quintiliano y á Ciceron. Este es el juicio del docto jesuita Andrés Scoto. Dé modo que podemos decir que produjo dos Cicerones España en aquel tiempo en que Italia sólo produjo uno, y las demas naciones ninguno.

El genio de los españoles modernos para la elocuencia, el mismo es que el de los antiguos. Debajo del mismo cielo vivimos, de la misma tierra nos alimentamos. Las ocasiones de ejercitar el genio son mucho más frecuentes ahora, por el uso continuo que tiene el sagrado ministerio del púlpito; pero no sé por qué haído fatal, cómo ó cuándo se introdujo en España un modo de predicar, en que, así como tiene mucho lugar la sutileza, apénas se deja alguno á la retórica. Veo, á la verdad, en muchos sermones varios rasgos que me representan en sus autores un númen brillante, vivo, eficaz, proporcionado á los mayores primores de la elocuencia; si el método que se ha introducido no los precisára á tener el númen ocioso. Nuestras oraciones se llaman así, pero no lo son, porque no se observa en ellas la forma oratoria, sino la académica; donde la afectada distincion de propuestas y de pruebas deja el complejo lánguido y sin fuerza alguna; donde las divisiones que se hacen quiebran el ímpetu de la persuasion de modo, que da poco golpe en el espíritu. Aquel tenor corriente y uniforme de las oraciones antiguas, tanto sagradas como profanas, caminando, sin interrupcion, desde el principio al fin, al blanco propuesto, no sólo les conservaba, mas sucesivamente les iba aumentando el ímpetu. También habia en ellas distribucion metódica, habia propuestas, habia argumentos, habia distincion de partes. Cómo podia faltar lo que es esencial? Pero todo iba tejido con tan maravilloso artificio, que ocultándose la division, sólo resplandecía la unidad. Este modo que hoy reina, de dar la oracion desmenzada en sus miembros, es presentar al auditorio un cadáver, en quien el orador hace la diseccion anatómica. La análisis de una oracion sólo toca al crítico ó censor que reflexivamente quiera examinarla despues. Anticiparla el orador es deshacer su misma obra al mismo tiempo que la fabrica.

Hágome cargo de la dificultad que hay respecto de cualquiera particular en oponerse al estilo comun; empresa tan ardua, que yo, con conocer su importancia, no me he atrevido con ella; y así, todo el tiempo que ejercí el púlpito me acomodé á la práctica corriente; pero esto no quita que otros espíritus más generosos y más hábiles se apliquen á restituir en España la idea y el gusto de la verdadera elocuencia. En esto pueden en-

trar con ménos miedo aquellos que ya tienen bien establecidos sus créditos en el modo de predicar ordinario. Ni debe detenerlos el estilo general de la nacion, cuando, á favor suyo, y contra él, está la práctica, no sólo de los profanos oradores, mas también de los santos padres.

Hágome también cargo de que orar segun el estilo antiguo, de modo que la oracion tenga todos los primores de eficaz, elegante, metódica, erudita, es para pocos, y que los más no podrán pasar de un razonamiento insulso y desmayado; pero aquellos pocos harán un gran fruto; y á los demas, por mí, déjeseles libertad para seguir el ripio de sus puntos y contrapuntos, sus piques y repiques, sus preguntas y respuestas, sus reparos y soluciones, sus *mases*, sus *por qué*s, sus vueltas, revueltas sobre los textos, y lo que es más intolerable que todo lo demas, las alabanzas de sus propios discursos.

No negaré por eso que el modo de predicar de España, en la forma que le practicaron y practican algunos sujetos de singular ingenio, tenga mucho de admirable. Qué sermón del padre Vieyra no es un asombro? Hombre verdaderamente sin semejanza, de quien me atreveré á decir lo que Veleyo Patérculo de Homero: *Neque ante illum, quem imitaretur, neque post illum, qui eum imitari posset, inventus est*. Dicho se entienda esto sin perjuicio del grande honor que merecen otros infinitos oradores españoles, por su discrecion, por su agudeza, por su erudicion sagrada y profana. A todos envidio ingenio y doctrina; pero me duele que en la aplicacion de uno y otro prevalezca la costumbre contra las máximas de la verdadera oratoria. Sé que algunos se imaginan que no serian gratamente oídos, y puede ser que á los principios sucediese así; pero á poco tiempo se formaria el gusto de los oyentes, de modo que hallasen en la hermosura brillante y natural de la legítima retórica, muy superior deleite al que ahora sienten en este agregado de discursos en que consisten nuestros sermones.

§ XV.

Poesía.—Lo que tengo que decir de los españoles en órden á la poesía, dista poco de lo que he dicho en órden á la retórica. Tiene no sé qué parentesco la gravedad y celsitud del genio español con la elevacion del númen poético, que, sin violencia, nos podemos aplicar lo de *Est Deus in nobis*. De aquí es, que en los tiempos en que florecia la lengua latina, todas las demas naciones sujetas al imperio romano; todas, digo, juntas no dieron á Roma tantos poetas, como España sola; y poetas, no como quiera, sino de los más excelentes, que, si no exceden, por lo ménos igualan ó compiten á los mejores, que nacieron en el seno de Italia. Tales fueron Silio Itálico, Lucano, Marcial, Séneca el Trágico, Columela, Latroniano y otros.

Lo que es muy de notar es, que entre los expresa los hay uno que no tuvo igual en lo festivo, y otro que disputa la preferencia al más eminente (segun la opinion comun) en lo heroico. El primero es Marcial, á quien nadie cuestiona el principado en las sales y agudezas jocosas; el segundo, Lucano, á quien Stacio y Marcial (votos sin duda de gran valor) dan preferencia sobre Virgilio. Del mismo sentir es el discreto y erudito his-

toriador frances Benjamin Priolo. Otros algunos se contentaron con hacerle igual. Y aunque no puede negarse que la comun opinion le deja inferior, creo que la preocupación favorable por el poeta mantuano, y la envidia de las demas naciones á la nuestra, contribuyó más que la razon á establecer la inferioridad del poeta español. Lisonjeó con exceso Virgilio á los romanos en tiempo que éstos reinaban, no sólo en los hombres, mas aún en las opiniones de los hombres, interesábanse en la gloria de un poeta que habia trabajado y mentido tanto por la gloria de ellos. Por eso procuraron remontar tanto su fama, que no alcanzase á ella el vuelo de otra pluma. El favor de Augusto le ayudó mucho. Son los príncipes astros que ilustran á los sujetos hacia donde inclinan sus rayos, y cuyo benigno aspecto influye aún en la fortuna de la fama. En Augusto concurrieron mil grandes cualidades para hacer en él más eficaz este influjo. Su poder era inmenso, su discrecion acreditada, y su felicidad como contagiosa, que se pegaba á todos los que arrimaba el corazon. Al contrario miraban los romanos á Lucano; esto es, con indiferencia cuando le consideraban extranjero, y con aversion cuando le contemplaban émulo de Virgilio (1).

(1) Confieso que sería insigne temeridad sostener, por mi capricho sólo, la igualdad, mucho más la preferencia, de Lucano á Virgilio. Mas entre tanto que hallo votos de la más alta clase, y desnudos de toda parcialidad, á favor de nuestro español, no es justo abandonar su partido. He alegado por él á Stacio, el cual dos veces le da la preferencia en los versos que compuso, solemnizando, despues de muerto Lucano, el día de su nacimiento. La primera, cuando dijo: *Bæti Mantua provocare nolli*; la segunda, cuando despues de concederle ventajas sobre Ennio, Lucrecio, Valerio Flaco y Ovidio, añadió: *Quin majus loquor, ipsa te Latinis Æneis venerabitur canentem*. Contémplese de cuánto peso es Stacio en materia de poesía, á quien Lipsio llamó grande y supremo poeta: *Sublimis et celsus, magnus, et summus poeta*. De quien Julio César Scaligero, el idólatra de Virgilio, dijo, que era el príncipe de todos los poetas latinos y griegos, exceptuando únicamente al mantuano: *At profecto heroicorum poetarum si phanicem illum nostram eximas) tum latinorum, tum etiam grecorum, facile princeps. Nam et meliores versus facit, quam Homerus*.

Añadiremos ahora al voto de Stacio el de otro poeta no ménos, y acaso podré decir más plausible entre los modernos, que fué Stacio entre los antiguos. Hablo de el gran Cornelio (*Cornelle*), aquel que subió al más alto punto de perfeccion el teatro frances. Tengo el testimonio de el marqués de San Aubin (*Tract. de l'Opin.*, tomo 1, libro 1, capítulo vi) de que este grande hombre daba preferencia á Lucano sobre Virgilio.

Finalmente, no quiero omitir lo que Gaspar Bartió (que, sobre insigne crítico, fué también poeta) dice de Lucano, porque, ya que no en todos, en muchos primores de la poesía le concede asimismo ventajitas sobre Virgilio: *Lucanus, poeta magni ingenii, neque vulgaris doctrinæ, spiritus verò prorsus heroici, jam inde, ex eo tempore quo floruit, maxima semper fuit auctoritate; præcipue apud philosophos, propter grave, nervosum et acutum, vibransque et penetrabile scientiarum pondus, quibus universa ejus oratio mirifice floruit, adeo ut in eo genere parem nunquam ullum habuerit.* (*Ayud Pope-Blount.*)

Confesárele á Lucano un defecto, de que ya otros le han acusado, que es la prolijidad y amplificación algo tediosa en varias partes de el poema, nacida de que no era dueño de el ímpetu que le atrebataba, para reprimirle oportunamente. Pero ¿no hay también en Virgilio defectos? Pienso que más esenciales, porque deslugarán á su héroe, degradándole de tal. Este punto hemos tocado en otro discurso, alegando algunas pruebas, que ahora confirmaremos con otras. El erudito Carlos Perrault le notó haber pintado muy lloran á Enéas. Es así, que frecuentemente, y sin mucho motivo, le hace derramar copiosas lágrimas. Otro crítico satisfizo esta acusacion, diciendo, que Virgilio, en las fingidas lágrimas de Enéas,

Confesárele los críticos enemigos á Lucano un ingenio admirable, un espíritu extremadamente sublime y una fertilidad prodigiosa de bellísimas sentencias; pero le señalan dos defectos. El primero (gran tacha para un poeta), que le faltó la ficcion, porque su poema de la guerra civil es en todas sus partes una historia arreglada á la realidad de los sucesos. Julio César Scaligero hizo justamente escarnio de esta acusacion. Sería sin duda una grande infamia de la poesía profesar antipatía irreconciliable con la verdad. ¡Ojalá todos los poetas heroicos hubieran hecho lo mismo que Lucano! Supiéramos de la antigüedad infinitas cosas que ahora ignoramos y siempre ignoraríamos. Lo que yo admiro más en Lucano es, que no hubo menester fingir para dar á su poema toda la gracia á que otros poetas no pudieron arribar, sin el sainete de las ficciones. El fingir sucesos raros, ó en los sucesos circunstancias extraordinarias, es un arbitrio fácil para deleitar y contentar á los lectores. Lo difícil es dar á una historia verdadera todo el atractivo de que es capaz la fábula. ¿Qué dificultad tiene el fingir? Es claro que Lucano no fingió, sólo porque no quiso; y esto, bien lejos de poder imputársele como culpa, es digno de aplauso. Ciertamente será razon ce-

tuvo la ingeniosa mira de lisonjear las verdaderas de Augusto, de quien refiere, que era de corazon tierno y muy ocasionado al llanto. Mas replico, que si ése fuese su designio, pintaría á Enéas clemente y fácil en condonar la vida á sus enemigos cuando los veia rendidos, como lo hizo comunmente Augusto. Bien lejos de eso, jamás le permite dar cuartel en la campaña, aunque varias veces el enemigo, postrado, imploró su clemencia. Más desde de lo heroico esta dureza que aquella ternura.

Pero lo que sobre todo no puede perdonársele á Virgilio, es haber representado en algunas ocasiones á su Enéas con ánimo apocado. Lo de *tristi turbatus pectora bello* es nada con aquel hielo de el corazon ó frio desaliento que mostró al empezar la tempestad, que se pinta en el primer libro:

*Exemplo Æneæ solvuntur frigore membra;
Ingenit, etc.*

¡Oh qué diferente papel hace César en Lucano, constituido en el trance! A los primeros furros del mar le notifica el barquero Amiclas, que, respecto de la horrenda tempestad que se previene, no hay otro remedio para salvar la vida que retroceder sin dilacion al puerto de donde acababan de salir. Qué responde César?

*Sperne minas, inquit, pelagi, ventoque furenti
Trade linum: Italam, si cælo auctore, recusas,
Me pete, etc.*

Ciertamente, por grande que se contemple el corazon de Julio César, nunca puede considerarse mayor, que cual se representa en la suprema energia de estas valentísimas voces. No pienso que excederá quien diga que el espíritu poético de Lucano igualó el valor heroico de César.

Los que, notando en Lucano la falta de ficcion, quieren excluirle por este capítulo de la clase de los poetas, inútilmente se embarazan en una cuestion de nombre. El más apasionado de Lucano se empeñará poco en su defensa sobre este artículo, como en el resto le concedan todos los primores que pide la versificación heroica. Pero ¿es cierto, como pretenden estos censores, que la ficcion es de esencia de la poesía? Es sin duda éste el dictamen más valido; dudo si el más verdadero. Julio César Scaligero, nada indulgente, por otra parte, con Lucano, le reconoce, sin embargo de la falta de ficcion, por poeta: *Nugantur, dice, more suo grammatico, cum obstitunt illum histor. am composuisse. Principio fac historiam meram: oportet enim à Livio differre: differt autem versus hoc verò poeta est.* (Libro 11, *Poetic.*, capítulo 11.)

Realmente, si la ficcion es de esencia de la poesía, hemos de descartar de poetas á Lucrecio, el cual en sus versos sólo escribio una filosofía que tenia por verdadera; á Manilio, que con la mis-

lebrar como una gran valentía de Virgilio, haberle levantado á la pobre reina Dido el falso testimonio de una indecencísima fragilidad; en que cometió, no sólo el absurdo, que ya notaron muchos, de violar enormemente la cronología, mas tambien la extravagancia, que hasta ahora no vi notada por otro, de pintar en los dos delin-

ma buena fe escribió de la astronomía; al mismo Virgilio, como autor de las *Geórgicas*.

Creo que, bien lejos de ser la ficción de la esencia de la poesía, ni á un perfeccionamiento accidental: sin temeridad se puede decir que es corrupción suya. Fúndolo, en que los antiquísimos poetas, padres de la poesía ó fundadores del arte, no tuvieron por objeto ni mezclaron en sus versos fábulas. Lino, que comunmente se supone el más antiguo de todos, dice Diógenes Laercio que escribió de la creación del mundo, de el curso de los astros, de la producción de animales y plantas. Orfeo y Aníon, por testimonio de Horacio, cantaron instrucciones religiosas, morales y políticas, con que redujeron los hombres, de la feroz barbarie en que vivían, á una sociedad racional y honesta. De aquí vino la fábula de amansar con la lira tigres y leones, y atraer las piedras. Y es muy de notar, que después de exponernos esto Horacio, añade que este fué el fundamento de el honor que se dió á los poetas y á sus versos.

*Sic honor et nomen divinis vatibus atque
Carminebus venit.*

Páreceme que tambien quiere decir Horacio, que el dar el atributo de divinos á los poetas viene de el mismo principio. Virgilio asimismo, hablando de el antiquísimo poeta Yopas, que con sus versos festejaba á la reina Dido, sólo le atribuye asuntos filosóficos y astronómicos:

*Hic canit errantem lunam, solisque labores,
Unde hominum genus et pecudes, unde imber et ignes,
Arcturum, pluviasque Hyadas, geminosque Triones:
Quod tantum Oceano properant se tingere Soles
Hyberni, vel que tardis noctibus obstet.*

Así, es de creer, que la poesía, en su primera institucion, tenía por objeto deleitar instruyendo; mas con el tiempo se dirigió únicamente al deleite, abandonando la instruccion.

Verdad es que en esto segundo no quieren convenir los partidarios de la fábula, pretendiendo, que los poetas que usaron de ella, en ella misma miraban designios, que verisimilmente no les pasaron por la imaginacion. Dicen, pongo por ejemplo, que el propósito de Virgilio en la *Eneida* fué hacer acepto á los romanos el imperio de Augusto, representando en la ruina de Troya la de la república romana, y mostrando con una tácita ilacion, que, como la ruina de Troya habia sido disposicion de los dioses, á la cual los hombres debían conformarse, de el mismo modo lo habia sido la extincion de el gobierno republicano y ereccion de el gobierno monárquico en Roma; así debían resignarse en esta disposicion los romanos. Pero lo primero, ¿qué proporcion tiene la extincion de una monarquía en Frigia con la ereccion de otra en Roma? La ruina de Priamo con la elevacion de Augusto? Lo segundo, ¿qué importa que Virgilio diga y repita que el excidio de Troya descendió de la voluntad de los dioses, si juntamente asegura, que en esa accion los dioses fueron inicuos y crueles? No admiten interpretacion sus palabras:

*..... Divam inclemencia, divam
Has everit opes, sternitque á culmine Trojam.
..... Ferrus omnia Jupiter Argos
Transiit. (Libro II.)
Postquam res Asia, Priamique evertere gentem
Immeritam visum Superis..... (Libro III.)*

Los romanos bien persuadidos estaban, sin que Virgilio se lo dijese, á que las revoluciones de los reinos procedían de el arbitrio de las deidades. Lo que Virgilio les dice de nuevo es, que en esas revoluciones tal vez son las deidades injustas; y esa instruccion, tan lejos está de conducir á que sujeten gustosos el cuello al yugo de el imperio de Augusto, que ántes debia producir el efecto contrario.

Añaden los partidarios de la ficcion, que el poeta, en la piedad,

cuentes una inverecondia totalmente inverisimil para tales personajes. Sin explicacion anterior, sin galanteo, sin alguno de tantos pasos, con que se van disponiendo poco á poco para la torpe maldad los ánimos, que son dotados de algun pudor, sólo con la oportunidad de verse á solas en una cueva un famoso héroe, adornado

religion, prudencia y valor de Enéas, quiso figurar las mismas prendas de Augusto, porque los romanos comprehendiesen que consistía su felicidad en ser gobernados por un príncipe dotado de estas cualidades. Pero, ¿ó los romanos conocían esas virtudes en Augusto, ó no? Si las conocían en el original, ¿de qué servía presentárselas en la copia? Si no las conocían en Augusto, tampoco conocerían que el héroe de el poema era ejemplar ó copia suya.

De Homero se pretende que, representando los males que en el sitio de Troya ocasionó el enfado de Aquiles con Agamemnon, de quien se hallaba injuriado, fué su propósito mostrar á los griegos cuán nociva es en un ejército, ó en un estado, la division de los jefes. Bien: como si para que los griegos se enterasen de una máxima que á todos los hombres dicta la razon natural, fuese necesario que Homero, á este intento solo, se fatigase en formar un gran poema.

Mas demos que el grueso de el asunto contenga algun documento importante; aquellas portentosas ficciones en que principalmente constituyen el adorno de el poema épico, ¿qué instruccion ó documento envuelven? No salgamos de la *Eneida*. Allí se interesan dos deidades en los sucesos, Vénus á favor de los troyanos, Juno contra ellos. Las pasiones de las dos diosas están acordando los motivos. Vénus, confesándose madre de Enéas, trae á la memoria su vil concubinato con un pastor de el monte Ida. Los furios de Juno envuelven, como ocasion de ellos, el infando amor de Júpiter á Ganímédes y la escandalosa desnudez de las tres diosas á los ojos de París. Lo más es, que por si acaso algun lector ignorase los torpes motivos de los enojos de Juno, el poeta mismo desde el principio los pone en su noticia.

*..... Manet alta mente repostum
Judicium Paris, spreteque injuria forma,
Et genus invisum, et rapti Ganymedis honores.*

Esta es instruccion, ó seduccion? ¿Es esto disuadir los vicios, ó autorizarlos? Si los delitos de los hombres son contagiosos para otros con el mal ejemplo, ¿cuánto más inductivos serán esos mismos delitos consagrados, digámoslo así, en las personas de los dioses? Es verdad que Virgilio no hizo en eso más que imitar el mal ejemplo que le habian dado Homero y Hesiodo. Aun por eso Jenófanes abominaba el que éstos dos antiguos poetas hubiesen atribuido á las deidades todas las infamias, que caben en los hombres. Y Diógenes Laercio y Suidas dicen, que Pitágoras vió en el infierno á Homero pendiente de un árbol, rodeado de serpientes, y á Hesiodo atado á una columna, en pena de las fábulas que habian fingido de los dioses.

Es pues preciso confesar, que la introduccion de esas ficciones tuvo por fin único el deleite. Mas pienso que aun para deleitar se les pasó ya la sazón. Supongo que cuando escribió Homero, y acaso mucho tiempo despues, la grosera idolatría de el comun de los hombres producía en ellos una disposicion oportunísima para leer ó oír con cierta especie de suspension extática, acompañada de un íntimo y penetrante placer, las aventuras de los dioses mezclados con las de los mortales. Mas despues que aquella insensata creencia se fué extirpando, y al mismo tiempo mirando las ficciones como ficciones, esto es, como meros partos de la fantasía de los poetas, es preciso cesase la admiracion, y con ella el deleite. Porque, ¿qué motivo es para la admiracion que el poeta finja que esta ó aquella deidad hizo alguna diligencia á favor ó contra tal ó tal héroe?

Diráseme acaso, que el ingenio de el poeta en la ficcion, ó la ficcion ingeniosa de el poeta, da motivo bastante para la admiracion y el deleite. Mas yo, hablando con realidad, no hallo en esas ficciones el fondo de ingenio ó altura de nimen que algunos pretenden. Muy poco há escribió cierto poeta, que, para fingir unas naves convertidas en ninfas, como hizo Virgilio en el noveno de la *Eneida*, y otros portentos semejantes, era menester *ingenio más que humano y erudicion casi infinita*. Cosa notable! Dijera yo que para encontrar tales quimeras bastaría echarse á dormir; pues

de excelsas virtudes, empieza la explicacion por donde se acaba, lo que sólo es posible en un rufian insolente; y una reina insigne, acreditada de casta, condesciende al momento, como la más infame prostituta. Ni es ménos inverisimil é indigna de su héroe la ficcion de las circunstancias, en que Enéas dió muerte á Turno. ¿Qué hombre, no digo de corazon magnánimo, mas áun de mediano honor, quitaria la vida á un rendido y desarmado, que le estaba pidiendo clemencia? No será mucho asegurar, que si Lucano quisiese fingir, fingiría con más propiedad.

El segundo defecto que imponen á Lucano es la hinchazon del estilo. Este es un vituperio, que sólo con mudar el nombre, dejando intacta la substancia del significado, se hallará convertido en elogio. Lo que los enemigos de nuestro poeta infaman con el nombre de hinchazon, es puntualmente lo que yo llamo, y realmente es, magnificencia del estilo, majestad del número, grandeza de la locucion. Dijo oportunamente á este propósito el enamorado panegirista de Lucano, Benjamin de Priolo, que se admiraba de algunos ingenios, los cuales apellidan hinchazon de estilo todo lo que es altura ó elevacion. *Certe mirari satis non possum eorum ingenia, qui quidquid altum spirat, inflatum et tumidum appellant*. Yo llamaria estilo hinchado

el sueño, por sí solo, las presenta sin socorro alguno de el ingenio ó de la erudicion. Acaso la oportunidad de la ficcion le dará precio. Tampoco por esta parte se le halló. Una deidad interesada en el salvamento de aquellas naves le pide á Júpiter las libre de los furios de Juno, y Júpiter toma el expediente de transformarlas en ninfas. ¿Qué ingenio ni qué erudicion es menester para esto? Cierto que si esta especie de inventiva es de algun valor, no hay oro en el mundo para pagar el Orlando de el Ariosto.

Vuelvo á decir, que tales portentosas ficciones deleitan mucho entre tanto que son creidas realidades; pero nada, en pareciendo lo que son: sucede en la lectura de ellas, lo que en la de las aventuras de los Paladines, Belianises, Amadises, etc. Hechizan éstas á un niño ó á un rústico que las cree; pero el mismo que de niño se deleitaba extrañamente porque las creía, llegando á edad en que conoce ser todo aquello fábula, las desprecia.

Finalmente, dado que estas inventivas pidan algun ingenio, constantemente aseguro que no tanto, ni con mucho, como el que tenía Lucano. Así, es indubitable, que el no introducir en la *Historia de las guerras civiles* pendió únicamente de que no quiso. ¿Y por qué no quiso? Sin duda porque tuvo por mejor referir la verdad pura y sin mezcla de fábulas. Son oportunísimos al propósito unos versos de Marcelo Palingenio, poeta famoso de el siglo XVI, en su *Zodiaco de la vida*, libro VI. Los críticos que niegan á Lucano ser poeta, porque le faltó la ficcion, pueden hacer la cuenta de que habla con ellos el mismo Lucano.

*Credo aliquos tetricæ mentis, nasique severi,
Qui solo se scire putant, et nascere verum,
Atque sibi solis Divum bonitale tributum
Omnia judicio perplexa expendere recto,
Dicturos, nunquam me degustasse beatos
Aonia fontes, et sacras Phocidos undas.
Nec prorsus lauro dignum titulove poeta,
Quod non inflatas nugas, mirandaque monstra
Scribimus, ac nullas fingendo illudimus aures.
Nam solas tribunt fabellas vatibus; ac si
Vera loqui, sedumque foret, velillumque poetis.
Horum ego judicium falsum, et damnabile duco;
Nilque mihi melius, nil dulcius esse videtur,
Quam verum amplecti; vetulus puerisque relinquo
Has nugas; alius eructent fera bella gigantum,
Harpyasque truces, et gorgonas, et cyclopes,
Et captas blando sirenium ciamine nulas.....
Nec mihi sint tanti Phæbeæ gloria lauri,
Atque corymbiferis hederis ornare capillos,
Ut sic delirem. Pudet ah! pudet esse poetam.
Si nunc opus est puerilibus inseruire,
Et jucunda sequi spreto mendacia recto.*

aquel, que armado sólo de la pompa vana de ostentosas voces, careciese de fuerza, de energía, de naturalidad; pero ninguna de estas faltas hay en el estilo de Lucano. La valentía de su metro es tanta, que algunos la tachan de nimia. Lilio Giraldo le comparó ya á un caballo indómito y lozano, ya á un soldado robustísimo, pero inconsiderado. Luis Vives dice, que es tan vivo en las representaciones, que al describir un combate, más parece desahogar su propia cólera en la campaña, que pintar la ajena en el gabinete. Por lo que mira á la naturalidad, ¿cómo pueden negársela los que le culpan, como Julio César Scaligero, de que siempre se dejaba arrebatar del fervoroso ímpetu de su genio cuando escribía? De modo que, sin pensarlo, engrandecen á Lucano los que quieren deprimirle. ¿Quién se puede alejar más de toda afectacion que aquel que sigue siempre el impulso del natural? Por otra parte, para reprehender como vicioso el fuego de Lucano, ensalzan hasta el cielo la tranquilidad, juicio y reflexion sosegada de Virgilio. No entiendo esta critica. Las prendas que celebran en Maron serian muy oportunamente introducidas en el panegirico de un senador; pero no veo por dónde sean propias de un poeta en cuanto tal. Los grandes prácticos del arte suponen como esencial en los verdaderos poetas un fuego divino, que los anima: *Est Deus in nobis agitante calescimus illo*; un ímpetu sagrado, esto es, preternatural, que los arrebató: *Impetus ille sacer, qui Vatum pectora nutrit*; un furor violento, que los saca de sí mismos: *Iam furor humanus nostro de pectore sensus expulit*. ¿No es esto diametralmente opuesto á aquella tranquilidad y reposo de entendimiento, que ostentan en Virgilio los que quieren por este capítulo obscurecer á Lucano? ¿O no es esto lo que, segun su propia confesion, resplandece en Lucano y falta en Virgilio? Esa desapasionada quietud del ánimo es buena para un historiador. En el orador ya se pide un movimiento eficaz de los afectos, mucho más el poeta, áun mucho más en un poeta, que, como Lucano, sólo escribe los furios de una guerra civil. La copia, por su naturaleza, pide ser parecida al original: la guerra civil es tumultuosa, inquieta, ardiente. Si la descripcion de ella es lenta y floja, ¿qué semejanza hay entre la pintura y el prototipo? Acuérdomme de que Séneca reprehende á Ovidio, porque pintó el diluvio de Deucalion en verso dulce y apacible, porque le pareció que á tanta tragedia se debía una descripcion en algun modo tétrica y horripóna.

No me meto en si Virgilio regía la pluma con esa quietud de espíritu que se le atribuye, ni pretendo despojar á este gran poeta de la gloria que tan justamente tiene merecida. Su majestad heroica me enamoró, su grandilocuencia poética me hechizó; aquellos sonoros y soberanos golpes que á trechos deja caer, como desde la cumbre del olimpo, sobre la mente del que lee, totalmente me arrebatan; pero en estos mismos golpes, que constituyen el supremo honor de Virgilio, reconozco aquel furor divino que da el supremo valor á un poema, y éstos me parece no encuentro tan frecuentes en Virgilio como en Lucano. Virgilio parece que á tiempos dormita, como Homero; Lucano, siempre despierto, vivo, ardiente, armonioso, enérgico, sublime, por todo el dis-

curso de su poema se mantiene en aquella elevacion, donde le vemos colocarse al primer raptó del númen. Añádese á este paralelo, que Lucano todo su poema se debió á sí mismo; de Virgilio se sabe que trasladó mucho de la *Iliada* á la *Eneida*.

Finalmente, áun cuando en el poema de Lucano hubiese defectos, que le constituyesen muy desigual al de Virgilio, siempre se debería celebrar como superior el ingenio de Lucano, porque su *Farsalia* fué parto de una edad muy temprana, y no tuvo tiempo para enmendarla, pues murió de veinte y seis años. ¿Qué no hiciera este hombre si llegase á la madurez de Virgilio? Si áun ahora hallan sus más severos censores mucho de admirable, grande y sublime en la *Farsalia*, ¿qué sería entonces? Por lo que mira á la fertilidad de la pluma y prontitud de ingenio, no hay proporcion alguna del mantuano al español. Virgilio tardó doce años en componer la *Eneida*, y todo el resto de su vida estuvo corrigiéndola; Lucano tenía á los veinte y seis años no sólo compuesta la *Farsalia*, mas otras infinitas obras, que perecieron, como *Los Saturnales*, diez libros de silvas, un poema sobre *El descenso de Orfeo al infierno*, otro sobre *El incendio de Roma*, muchas epístolas, elogios á su mujer Pola Argentaria, y *Las Declamaciones griegas y latinas*, con que se hizo admirar en Roma, teniendo apenas cumplidos catorce años. ¡Espíritu raro, que nació para blanco de la envidia! La de Neron á sus divinos versos le quitó la vida, y la de otros pretendió minorarle la fama. Por lo que espero que los españoles, amantes de la gloria literaria de la nacion, llevarán bien el que me haya detenido tanto en su apología.

El genio poético que resplandeció en los españoles antiguos se conserva en los modernos. Majestad, fuerza, elevacion, son los caractéres con que los sella la nobleza del clima. El siglo pasado vió Manzanarés más cisnes en sus orillas, que el Meandro en sus ondas. Hoy no se descubren iguales ingenios. Digo que no se descubren, no que no los hay. O se ocultan los que son dotados de valentía de númen, ó no quieren cultivar una facultad, que, sobre estar desvalida respecto del vulgo, constituye el juicio sospechoso; pero no carece de toda excepcion esta regla. Entre las desapacibles voces de muchos grajos, se ha oido áun en esta era la melodía de uno ú otro canoro cisne. Este país produjo uno muy singular en la persona de don Francisco Bernardo de Quirós, teniente coronel del regimiento de Asturias, de quien ahora no digo más, porque se volverá á hacer memoria de él en este discurso.

No sería justo omitir aquí, que la poesia cómica moderna casi enteramente se debe á España, pues aunque ántes se vió levantar el teatro en Italia, lo que se representaba en él, más era un agregado de conceptos amorosos que verdadera comedia, basta que el famoso Lope de Vega le dió desiguio, planta y forma. Y si bien que nuestros cómicos no se han ceñido á las leyes de la comedia antigua, lo que afectan mucho los franceses, censurando por este capítulo la comedia española, no nos niegan éstos la ventaja que les hacemos en la inventiva, por lo cual sus mejores autores han copiado muchas piezas de los nuestros. Óigase esta confesion á uno de los hombres más discretos, en verso y prosa, que

en los años próximos tuvo la Francia, el señor de San Evremont: «Confesamos, dice, que los ingenios de Madrid son más fértiles en invenciones, que los nuestros, y esto ha sido causa de que de ellos hayamos tomado la mayor parte de los asuntos para nuestras comedias, disponiéndolos con más regularidad y verisimilitud.» Esto último no deja de ser verdadero en parte, pero no con la generalidad que se dice: *La Princesa de Elide*, de Molière, es indisimulable y claro traslado del *Desden con el desden*, de Moreto, sin que haya más regularidad en la comedia francesa, ni alguna irregularidad que notar en la española. La verisimilitud es una misma; porque hay perfecta uniformidad en la serie substancial del suceso; sólo se distinguen las dos comedias en las expresiones de los afectos, y en esto excede infinito la española á la francesa.

§ XVI.

Historia.—Algunos autores franceses, llegando á hablar de los historiadores de España en general, los notan en lo más esencial, que es la veracidad. ¿No podremos decir que en tan severa censura no reprehenden lo que juzgan que es, sino lo que quisieran que fuera? Muchas verdades de nuestras historias los incomodan, y nadie está mal con alguna verdad, que no la llame mentira. Algunos españoles retuercen la misma nota sobre los historiadores franceses. La emulacion de las dos naciones es la causa verdadera de esta recíproca censura. En las historias de naciones, por la situación confinantes, y por la ambicion ó interés enemigas, suele lo que es gloria de una ser oprobio de otra. Por eso mutuamente se contradicen, negando unos lo que afirman otros. Y no dejaré de advertir lo que dijo de los historiadores franceses Roberto Gaguino, general de la religion de la Santísima Trinidad é historiador general de la Francia: *Res suas Galli non majori solent fide scribere, quam gerere.* Este autor era flamenco y recibió muchos beneficios de dos reyes de Francia, Carlos VIII y Ludovico XII, lo que por lo ménos basta para considerarle muy desapasionado por los españoles.

Mas, dejando esto, con el testimonio de autores extranjeros probarémos que España ha producido excelentes historiadores. Entre los antiguos es celebrado Paulo Orosio, á quien Tritemio llama erudito en las divinas escrituras, y peritísimo en las letras profanas; y Gaspar Bartio dice se debe contar entre los buenos escritores. El padre Antonio Posevino le apellida varón de excelente juicio, añadiendo, que su historia, siendo corta en el volúmen, es agigantadamente grande en la substancia, por la multitud grande de cosas que supo ceñir en ella.

En la mediana edad son casi igualmente aplaudidos el arzobispo don Rodrigo y don Lucas de Tuy, á quienes, dice el padre Andrés Scoto, todos los amantes de la historia deben mucho, porque nos dieron noticia fiel de infinitas cosas, que, sin la diligencia de estos dos escritores, eternamente quedarían sepultadas en el olvido. Elogia asimismo Vosio al arzobispo don Rodrigo, diciéndole, que adquirió entre los eruditos mucha gloria con los nueve libros que escribió de las cosas de España.

Acercándonos á nuestros tiempos, se presenta á nuestros ojos una multitud grande de historiadores, sin que el número perjudique á la calidad: pero sólo haré memoria de algunos pocos, que he visto singularmente calificados por las plumas de otras naciones. Jerónimo Zurita es aplaudido, en el gran *Diccionario histórico*, por varón de *acertadísimo juicio y erudicion extraordinaria*, para cuyo elogio se citan allí los testimonios de Vosio, del padre Posevino y del presidente Tuano. A Ambrosio de Morales recomiendan altamente el cardenal Baronio, Julio César Scaligero, el padre Andrés Scoto y otros innumerables. Las alabanzas de nuestro cronista, el maestro Yepes, resuenan en toda Europa por su exactitud, su candor, dulzura y claridad. Es asimismo universalmente estimado por las mismas dotes el padre maestro fray Fernando del Castillo, cronista de la religion de Predicadores, cuya historia tradujeron en su idioma los italianos.

Entre los escritores de las cosas americanas, son los más conocidos de los extranjeros el padre Acosta, cuya *Historia eclesiástica y civil* no es ménos preconizada por ellos que la *natural*; y don Antonio de Solís, cuya *Conquista de Méjico*, traducida en frances, lo que con muy pocos libros nuestros ha hecho aquella nacion, comprueba la alta reputacion en que por allá le tienen. Y ¿quién puede negar que este autor, por la hermosura del estilo, por la agudeza de las sentencias, por la exactitud de las descripciones, por la clara serie con que teje los sucesos, por la profundidad de preceptos políticos y militares, por la propiedad de caractéres, es comparable á todo lo mejor, que en sus floridos siglos produjeron Grecia y Roma? Singularmente, por lo que mira á la cultura y pureza del estilo, Francia, que es tan jactanciosa en esta parte, saque al paralelo sus más delicadas plumas, parezca en campaña su decantadísimo *Telémaco*, que yo apuesto al doble por mi don Antonio de Solís, como se ponga en manos de hábiles y desapasionados críticos la decision.

El padre Mariana, que hace clase aparte respecto de todos los demas historiadores de España, por haber abarcado la historia general de la nacion, hace tambien clase aparte respecto de los historiadores generales de otras naciones. Su soberano juicio é inviolable integridad le constituyen en otra esfera superior. Por él se dijo que España tiene un historiador, Italia medio, Francia y las demas naciones ninguno. Lo que se debe entender de este modo: de Italia se dice que sólo tiene medio historiador, por Tito Livio, cuya historia sólo comprende desde la fundacion de Roma hasta el tiempo de Augusto, y áun de esto se ha perdido una gran parte. De Francia se dice ninguno, porque aunque algunos escribieron la *Historia de Francia* desde Faramundo hasta el siglo xvi, ó cerca de él, como Paulo Emilio, Roberto Gaguino y el señor Du-Haillan, les faltaron aquellas calidades ventajosas, que pide un historiador general, y que se hallaron con eminencia en el padre Mariana. Entre tantos elogios como al padre Mariana dispensan varios críticos extranjeros, sólo transcribiré, por más distante de la lisonja ó la pasion, el de Hermanno Coringio, autor protestante: «Entre todos los historiadores, dice, que escribieron en el idioma latino, se llevó

la palma Juan de Mariana, español, á nadie inferior en el conocimiento de las cosas de España. Fué dotado Mariana de insigne elocuencia, prudencia y libertad en decir la verdad.

§ XVII.

Letras humanas.—Aunque Barclayo diga, en su *Icon Animorum*, que los españoles desprecian el estudio de las letras humanas, los extranjeros se ven precisados á apreciar en supremo grado á muchos españoles, que fueron eminentísimos en ellas. ¿Qué panegíricos no expenden en obsequio del famosísimo Antonio de Nebrija? Discípulo de éste, y que pudo ser maestro de todo el mundo en las humanas letras, fué el celeberrimo Pinciano Fernando Nuñez, á quien apellida *gran lumbrera de España* el Tuano, *varón de admirable agudeza*, Gaspar Bartio, y á quien el padre Andrés Scoto, entre otros elogios funerales, de que compuso su epitafio, cantó que todo el mundo era corto espacio á la fama de su mérito:

Hic, Ferdinande, jaces, quem totus non capit orbis.

A Francisco Sanchez, llamado *el Brocense*, da el mismo Justo Lipsio los gloriosos títulos de *el Mercurio y el Apolo de España*. El padre Juan Luis de la Cerda sonó tan alto hácia las otras naciones, en sus *Comentarios de Virgilio*, que el papa Urbano VIII, grande humanista tambien y gran protector de los literatos sobresalientes, envió á pedir su retrato, y le hizo una visita, por medio de su sobrino Francisco Barberino, cuando le despachó legado á España. Del famosísimo toledano Pedro Chacon hablan con admiracion los mayores críticos de Francia, Italia y Alemania. Nada ménos, ó acaso más, del incomparable Luis Vives, de quien, como hice con el pasado, omitiré innumerables elogios, que le dan los más sabios extranjeros; pero no puedo callar el de Erasmo, por ser tan extraordinario: «Aquí tenemos (dice, libro xix, epístola 101) á Ludovico Vives, natural de Valencia, el cual, no habiendo pasado aún, segun entiendo, de los veinte y seis años de edad, no hay parte alguna de la filosofía en que no sea singularmente erudito, y en las bellas letras y en la elocuencia está tan adelantado, que en este siglo no encuentro alguno á quien pueda comparar con él.» Los que saben qué hombre fué Erasmo en las letras humanas, no podrán ménos de asombrarse de este elogio. Todos los que he nombrado son gigantes. Omitimos otros algunos de primera nota. Para los de menor estatura eran menester muchos pliegos.

§ XVIII.

Crítica.—Aquí puede y debe repetirse la memoria de todos aquellos que se expresaron en el párrafo antecedente, porque todos fueron insignes en la crítica, y por tales están reconocidos en el orbe literario. Celebran á Nebrija singularmente Erasmo y Paulo Jovic. Justo Lipsio llama al Pinciano norma ó regla de la verdadera crítica, *germanæ criticae exemplar*. Por el padre Cerda hablan en toda Europa sus *Comentarios* sobre Virgilio y sobre Tertuliano. Para el Brocense, aunque bastaba lo que hemos dicho arriba, añadiremos aquí, que

Gaspar Sciopio, aquel crítico mal acondicionado, que á los mayores hombres mordía sin respeto alguno, llamaba al Brocense *hombre divino*. A Chacon contó el mismo Sciopio por uno de los cuatro supremos críticos que ha habido, dando sólo por compañeros á nuestro español, entre los italianos á Fulvio Ursino, entre los franceses á Adriano Turnebo, y entre los alemanes á Justo Lipsio. Dejando por ahora aparte la suma sabiduría de Luis Vives, su juicio para la crítica se halla altamente encarecido. *Vir præclarissimi iudicii*, se lee en Gaspar Bartio. Y don Nicolás Antonio dice, que en el famoso triunvirato literario de aquella era, compuesto de Erasmo, Guillelmo Budeo y Ludovico Vives, al primero se atribuía por prerogativa principal la elocuencia, al segundo el ingenio, al tercero el juicio.

A más de estos, son colocados generalmente entre los críticos de primera clase el sevillano Alfonso García Matamoros y el ilustrísimo Antonio Agustino. El primero fué uno de aquellos grandes españoles, que se coligaron los primeros para hacer guerra á la barbarie, y dió á luz varios escritos críticos, que logran la comun estimacion. Holgárame infinito de tener el libro que escribió de *Academiis et doctis viris Hispaniæ*, en quien sin duda hallaría copiosos materiales para engrandecer este discurso. Es llamado *Juicio crítico* en el gran *Diccionario histórico*. El segundo fué sin comparacion, mayor que el primero, y tan grande, que para hallar otro mayor que él, es menester buscarle entre las criaturas posibles. Este es, poco más ó menos, el lenguaje en que hablan de él en todas las academias europeas. Uno y otro fueron eminentes en las letras humanas, por lo cual tendrían lugar tan oportuno en el párrafo pasado como en el presente.

No sería razon pasar en silencio á don Nicolás Antonio, autor de la *Biblioteca hispana*, obra, segun la opinion universal, superior á cuantas bibliotecas nacionales han parecido hasta ahora, y que no se pudo hacer, ni sin un trabajo inmenso, ni sin una extension dilatadísima de crítica.

Y vuelvo á advertir, que ni de críticos ni de humanistas he querido hacer memoria, sino de los que han sido muy especialmente eminentes y venerados por tales entre los extranjerios.

§ XIX.

El adorno de las lenguas es una de las cosas á que ménos se han aplicado los españoles. En cuanto á las lenguas vivas, los ha absuelto de la necesidad de aprenderlas, ya la positura de nuestra region en el último extremo de la Europa y del continente, por lo que es menor el comercio con los demas reinos, ya el ser ménos dedicados á la peregrinacion nuestros nacionales, que los individuos de las demas naciones. Así, se puede conceder desde luego, que respecto de la multitud de aquellos, es muy corto el número de los españoles que hayan poseído varios idiomas; pero salvaremos siempre la máxima fundamental de este discurso, que respecto al número de los que se han aplicado á ellos, es grande el de los que han logrado este género de erudicion, y bastó este corto número de aplicados para que España

lograse hombres tan aventajados como los mayores de las demas naciones.

De los que supieron con perfeccion, de las lenguas muertas, la griega y la hebrea, y de las vivas, la francesa y la italiana, no es posible hacer catálogo, porque de muchos ignoro áun los nombres, y los que llegaron á mi noticia son incomprendibles en el breve recinto de este discurso. Así, sólo haré memoria de algunos, que pueden ser admirados como monstruos, por haber aprendido más número de idiomas que el que parece cabe en la comprehension humana, especialmente si se atiende á que juntaron otras muchas ocupaciones con este estudio.

De nuestro famoso historiador el arzobispo don Rodrigo, dice Auberto Mireo, que asistiendo al concilio Lateranense, que se celebró en su tiempo, mostró tanto conocimiento de varios idiomas, que los padres del concilio hicieron juicio, que desde el tiempo de los apóstoles ningun hombre habia sabido tantas lenguas: *Ut miraculi instar patribus esset, tantam hispanum hominem linguarum facultatem assecutum esse, quantam ab apostolorum ætate ulli homini negabant contigisse*.

Si alguna ponderacion puede exceder á esta, es la que en el mismo Auberto Mireo se lee del doctísimo Arias Montano, que supo las lenguas de casi todas las naciones: *Omnium penè gentium linguis, atque literis rarò exemplo excultus*. Esta ya se ve que se debe mirar como expresion hiperbólica. Lo que seguramente podemos creer, sin alguna rebaja, en atencion á la suma modestia de Arias Montano, es lo que él dice de sí mismo, esto es, que sabía diez lenguas. (*In Præfat. in Sacr. Bibl. Reg. edit.*) Fué, digo, tan modesto, humilde y piadoso Arias Montano, que se debe creer que ántes quitaría que añadiría algo de lo que sabía. Se debe advertir, que parte de estas lenguas eran la hebrea, la caldea, la siríaca y la arábica, cuya comprehension es sumamente difícil.

El padre Martin Delrio, harto conocido por sus escritos, supo nueve idiomas: el latino, el griego, el hebreo, el caldeo, el flamenco, el español, el italiano, el frances y el alemán. Testificalo Drexelio. Lo que asombra es, que pudiese aprender tantos idiomas un hombre, que fué juntamente poeta, orador, historiador, escriturario, jurisconsulto y teólogo. Tales espíritus influye el cielo de España.

Fernando de Córdoba (hombre prodigioso sobre todo encarecimiento, de quien se hablará abajo con extension) supo con toda perfeccion las lenguas latina, griega, hebrea, arábica y caldea. Esto es lo que dice nuestro abad Juan Tritemio; pero en Teodoro Gofredo, autor frances, que tuve un tiempo, y ahora no tengo, he leído, si no me engaño, que demas de las expresadas, sabía todas las lenguas vivas de las naciones principales de Europa. Este autor, por ser frances, pudo enterarse bien de la materia, porque Paris fué, como diremos abajo, el teatro donde obstentó todas sus rarísimas prendas este milagro de España.

§ XX.

Letras sagradas.—Si en el número de intérpretes de la Sagrada Escritura quisiésemos comprender los

que lá han explicado en sentido alegórico y moral, para el uso que se hace de ella en el púlpito, bien podríamos asegurar, que España dió más expositores de la Escritura que todo el resto de la Iglesia. Entre los cuales no debe tener el último lugar nuestro Laureto, por su *Silva allegoriarum*, tan aplaudida áun de los extranjerios. Pero á la verdad, de esta ventaja no debemos lisonjarnos mucho, porque el explicar la Escritura de este modo es tan fácil, que cualquiera nacion donde se dedicasen á ese trabajo, podría producir infinito número de expositores. Todo hombre, que es capaz de hacer un sermón, puede exponer cualquiera parte ó libro de la *Biblia*, descubriendo en él moralidades y alegorias para varios asuntos. Y áun esto segundo es mucho más fácil, ya porque es libre y arbitraria la aplicacion á cualquier asunto, ya porque no está cargada de las demas dificultades del arte oratorio, á cuyos preceptos se debe ligar el predicador en la formacion de una oracion regular.

Sólo, pues, hablaremos de los verdaderos y genuinos intérpretes de la divina Escritura, de aquellos sagaces y profundos investigadores del sentido primario que, como el oro en la mina, está muchas veces altamente escondido debajo de la superficie de la letra. En esta arduísima profesion puede España ostentar muchos autores de nota sobresaliente, como Leon de Castro, Pereira, Viegas, Alcázar, Villalpando, Gaspar Sanchez, Maldonado, etc.; pero áun descontando todos éstos, con otros dos solos que muestre (el Abulense y Benito Arias Montano), pondrá terror á todos los extranjerios: *Hi sunt duæ olivæ, et duo candelabra*. Olivas que destilan aquel aceite precioso de la divina palabra, nutritivo de los espíritus; candeleros que ilustran aquellas respetables tinieblas de los sagrados libros. Mas ¿para qué me he de detener en el elogio de dos varones tan singularmente insignes, que ni áun la envidia oculta lo mucho que debe á su mérito?

Añade mucho á la gloria de España en el estudio y pericia escrituraria, el que las dos primeras biblias políglotas, que logró la Iglesia, fueron obras de españoles. La primera es la *Complutense*, que se debe al cuidadoso celo del cardenal Jimenez. La segunda, la *régia*, impresa en Ambéres, debajo de la direccion del nombrado Arias Montano.

Tambien conduce al mismo intento el que de los cuatro principalísimos rabinos, á quienes veneran los judios, como nosotros á los cuatro santos padres, los tres mayores fueron españoles, conviene á saber: Rabi Moisés Ben Maimon, Rabi David Kimchi y Rabi Aben Ezra. Tambien han sido españoles casi todos los que entre ellos tienen particular fama de erudicion, como se puede ver en don Nicolás Antonio y en la *Biblioteca rabinica* de Bartoloccio. No sea ingrato á la más escrupulosa piedad de nuestra nacion el ver colocada ésta entre las glorias de España, pues verdaderamente lo es. El que errasen en la creencia no es culpa del clima, pues el acertar en esta parte depende enteramente de la gracia divina. El que fuesen dotados de un talento singularísimo, para explicar á su modo la Sagrada Escritura, redundan en aplauso de la patria. Fuera de que, los trabajos de estos tres fueron utilísimos, y dieron

muy importantes luces á los mismos doctores católicos, como confiesan el ilustrísimo Daniel Huet y el docto padre del oratorio Ricardo Simon. No se puede decir que sean sus comentarios absolutamente exentos del transcendental defecto de su secta; pero es cierto que, así como excedieron á todos los demas rabinos en capacidad, mezclaron mucho ménos de supersticion. A los celebrados comentarios de Nicolao de Lira faltaria muchísimo de lo que tienen de plausibles, si para ellos no se hubiera aprovechado copiosamente de los de su paisano Rabi Salomon Jarchi, no obstante que éste fué inferior en doctrina y solidez á los tres rabinos españoles que hemos nombrado.

§ XXI.

Mística.—En el gran *Diccionario histórico*, dentro del largo artículo que trata de España, se leen estas palabras: «La nacion española ha sido excelente en autores ascéticos, que enriquecieron la Iglesia con libros espirituales y de devocion, y se nota, que su lengua tiene una cualidad particular para este género de escritos, porque su gravedad natural da mucho peso á las cosas que se enseñan en ellos.» Esta confesion en unos autores, que hacen en lo demas poca merced á la nacion española, y en quienes poco más arriba noto una contradiccion grosera, que sólo pudo ser efecto de su emulacion nacional, pues habiendo dicho que «los españoles desde el tiempo de Augusto fueron aplaudidos por el ingenio», pocas líneas después añaden, que «el carácter particular de los sabios de España es la gravedad, pero una gravedad opuesta á la sutileza y gentileza de ingenio, que se atribuye á otras algunas naciones»; la confesion, digo, de tales autores en cuanto á la excelencia de los nuestros en las obras ascéticas ó de teología mística, nos absuelve de la necesidad de pruebas sobre este asunto. Pero ¿quién no repara que el atribuir esta ventaja únicamente á la gravedad natural de la lengua es sólo por huir de concederle otra causa más noble? Si los franceses atribuyen á nuestro idioma el carácter de majestuoso y grave, al suyo adjudican el de suave, dulce, amoroso; y para escritos de devocion, cuyo intento no es tanto instruir la mente como mover el afecto, parece que éste habia de ser más oportuno; luego á otra causa distinta de la gravedad del idioma se debe atribuir la excelencia de los españoles en los escritos ascéticos. Más: los mismos franceses admiran y ponderan como cosa altísima, y de lo más sublime que hasta ahora se ha escrito en este género, las obras de santa Teresa y del padre fray Luis de Granada, por la divina eficacia que sienten en estos libros, los cuales, traducidos en su propio idioma (los primeros tradujo Arnoldo de Andilli, y los segundos monsieur Giraldu), áun conservan la misma eficacia; luego no es la gravedad de nuestro idioma quien les da el supremo valor que tienen, sino otra cualidad más esencial, que va siempre con ellos á cualquier idioma en que los trasladen. Débese, pues, atribuir esta excelencia, no á la lengua, sino al espíritu de los españoles, el cual, por cierto género de elevacion, que tiene sobre las cosas sensibles, está más proporcionado para tratar dignamente, asistido de la divina gracia, las soberanas y celestes.